

El curso ha terminado y el verano ya está aquí. Las cuatro adolescentes van a estar muy atareadas: Bridget se va a casa de su abuela al Sur de Estados Unidos. Lena tiene un trabajo de verano. Tibby va a hacer un curso de cine a la universidad. Por su parte, Carmen tiene que adaptarse a la nueva situación de su madre.

Otra novela en la que los pantalones vaqueros seguirán siendo testigo de los momentos más emocionantes vividos por las cuatro amigas.

A mi madre,
Jane Easton Brashares
con cariño

Agradecimientos

Quisiera expresar mi enorme e inacabable aprecio a Jodi Anderson. También expreso mi agradecimiento, con admiración y sincera gratitud, a Wendy Loggia, Beverly Horowitz, Channing Saltonstall, Leslie Morgenstein y Jennifer Rudolph Walsh.

Un cariñoso agradecimiento a mi marido, Jacob Collins, y a las tres mayores alegrías de mi vida: Sam, Nathaniel y Susannah. Doy las gracias a mi padre, William Brashares, mi modelo a seguir. Doy las gracias a mis queridos Linda y Arthur Collins, que nos acogieron este año e incluso me proporcionaron un sitio donde escribir este libro. Doy las gracias a mis hermanos, Beau, Justin y Ben Brashares, por inspirar la mejor opinión posible sobre los chicos.

Nosotras, el Clan, por la presente establecemos las siguientes reglas que rigen el uso de los pantalones vaqueros compartidos:

1. Nunca debes lavar los pantalones.
2. Nunca debes llevar el dobladillo de los pantalones con vuelta. Es hortera. Nunca habrá una ocasión en que esto no sea hortera.
3. Nunca debes decir la palabra «gorda» mientras lleves los pantalones. Nunca debes pensar: «Estoy gorda» mientras lleves los pantalones.
4. Nunca debes permitir que un chico te quite los vaqueros (aunque puedes quitártelos tú en su presencia).
5. No debes meterte el dedo en la nariz mientras lleves los pantalones. Está permitido, sin embargo, rascarse disimuladamente la nariz, aunque en realidad estés metiéndote el dedo en la nariz.
6. En nuestro reencuentro, debes seguir el procedimiento adecuado para documentar el tiempo que se han llevado los vaqueros:

- En la pernera izquierda de los vaqueros, escribe el sitio más emocionante que has visitado mientras los llevabas puestos.
 - En la pernera derecha de los pantalones, escribe lo más importante que te ha ocurrido mientras los llevabas puestos. (Por ejemplo: «Me enrollé con mi primo segundo, Iván, mientras llevaba los vaqueros».)
7. Debes escribir a los demás miembros del Clan durante el verano, independientemente de cuánto te estés divirtiendo sin ellas.
 8. Debes pasar los vaqueros a los demás miembros de acuerdo con las especificaciones establecidas por el Clan. El incumplimiento resultará en unos buenos azotes en nuestro reencuentro.
 9. No debes llevar los vaqueros con una camisa por dentro y cinturón. Ver regla n.º 2.
 10. Recuerda: Pantalones = Amor. Ama a tus amigas. Ámate a ti misma.

Nada es demasiado
maravilloso para ser
verdad.



Michael Faraday

PRÓLOGO

Había cuatro chicas que compartían unos pantalones. Las chicas tenían todas talla y figura distinta y, sin embargo, a todas les sentaban bien los mismos pantalones vaqueros.

Puedes pensar que esto es solo una leyenda urbana. Pero yo sé que es verdad, porque soy una de ellas, uno de los miembros del Clan de los Pantalones Vaqueros. Descubrimos su magia el verano pasado, totalmente por casualidad. Las cuatro nos íbamos a separar por primera vez en nuestra vida. Carmen los había comprado en una tienda de segunda mano sin ni siquiera molestarse en probárselos. Los iba a tirar, pero por casualidad los vio Tibby. La propia Tibby fue la primera en probárselos; después yo, Lena; después Bridget; después Carmen.

Cuando se los puso Carmen, ya sabíamos que estaba pasando algo extraordinario. Si los mismos pantalones nos quedan bien a las cuatro –me refiero a que nos sientan bien de verdad–, es que no son unos pantalones normales. No pertenecen por completo al mundo de las cosas que puedes ver y tocar. Mi hermana, Effie, asegura que yo no creo en la magia y quizá entonces no creía. Pero después del primer verano de los vaqueros compartidos, sí creo.

Los pantalones compartidos no son solo los vaqueros más bonitos que han existido jamás, son generosos, re-

confortantes y sabios. Y además favorecen un montón.

Nosotras, los miembros del Clan, somos amigas antes de que los pantalones llegaran a nuestras vidas. Nos conocemos desde antes de nacer. Nuestras madres estaban todas en la misma clase de aeróbic para embarazadas, todas salían de cuentas a principios de septiembre. Creo que esto explica algo sobre nosotras. Todas tenemos en común que dimos demasiados botes con nuestra cabeza fetal.

Las cuatro nacimos con un margen de diecisiete días, primero yo, un poco pronto, a finales de agosto y la última Carmen, un poco tarde, a mediados de septiembre. ¿Te has fijado cómo la gente siempre da importancia a que un gemelo nació tres minutos antes que el otro? Para ellos parece realmente importante. Pues nosotras somos así. Encontramos un significado enorme en el hecho de que yo sea la mayor –la más madura, la más maternal– y Carmen sea la pequeña.

Nuestras madres al principio eran muy amigas. Formaron un grupo y quedaban al menos tres días por semana hasta que comenzamos el parvulario. Se hacían llamar Las Septiembre y con el tiempo heredamos el nombre. Nuestras madres parloteaban en el jardín de la que fuese, bebían té frío y comían tomates cherry. Nosotras jugábamos y jugábamos y jugábamos, y de vez en cuando nos peleábamos. Sinceramente, de esa época recuerdo a las madres de mis amigas tan bien como a mi propia madre.

Nosotras cuatro, las hijas, recordamos esa época como la edad de oro. Gradualmente, mientras nosotras crecíamos, la amistad de nuestras madres se fue desintegrando. Después murió la madre de Bi. Entonces quedó un agujero gigantesco y ninguna supo cómo cerrarlo. O tal vez simplemente no tuvieron el valor de hacerlo.

La palabra *amigas* no da la impresión de abarcar lo suficiente para describir lo que sentimos mutuamente. Nos olvidamos de dónde comienza una y dónde termina otra. Cuando Tibby se sienta a mi lado en el cine, golpea el ta-

lón contra mi espinilla en la parte divertida o de miedo. Habitualmente ni me doy cuenta hasta que al día siguiente aparece el cardenal. En clase de historia Carmen inconscientemente me pellizca la piel suelta y áspera del codo. Bi apoya la barbilla en mi hombro cuando intento enseñarle algo en el ordenador y entrechoca los dientes cuando me doy la vuelta para explicar algo. Y, a menudo, nos pisamos los pies unas a otras (sí, yo tengo los pies grandes).

Antes de los vaqueros compartidos no sabíamos cómo estar unidas cuando estábamos separadas. No éramos conscientes de que somos más importantes, fuertes y duraderas que el tiempo que pasamos juntas. Eso lo aprendimos el primer verano de los pantalones.

Y a lo largo de todo el año nos preguntamos qué nos depararía el segundo verano. Nos sacamos el carné de conducir. Tratamos de interesarnos por los estudios y los exámenes. Effie se enamoró (varias veces) y yo intenté desenamorarme. Brian se convirtió en visitante habitual en casa de Tibby y ella quiso hablar de Bailey cada vez menos. Carmen y Paul evolucionaron de hermanastros a amigos. Ninguna le quitamos el ojo nervioso, cariñoso, a Bi.

Mientras seguíamos con nuestra vida, los vaqueros vivían sosegadamente en la parte de arriba del armario de Carmen. Eran pantalones de verano; al menos eso era lo que habíamos acordado todas. Los veranos siempre habían marcado nuestra vida. Además, con el compromiso de no lavarlos, tampoco queríamos usarlos en exceso. Pero no pasó un día del otoño, el invierno ni la primavera sin que pensara en ellos, acurrucados en el armario de Carmen, acumulando tranquilamente su magia para cuando los necesitáramos de nuevo.

Este verano comenzó de forma diferente al pasado. Excepto Tibby, que iba a un curso de cine en una universidad de Virginia, todas contábamos con quedarnos en ca-

sa. Estábamos todas expectantes por ver cómo funcionaban los pantalones cuando no estaban de viaje.

Pero Bi nunca se había encontrado con un plan que no quisiera cambiar. Así que, desde el principio, nuestro verano no fue como habíamos esperado.

Salva a aquel cuyo corazón
lo intentó.



Lord Byron

Bridget estaba sentada en el suelo de su habitación con el corazón desbocado. Sobre la moqueta había cuatro sobres, todos dirigidos a Bridget y Perry Vreeland, todos con matasellos de Alabama. Eran de una mujer que se llamaba Greta Randolph, la madre de su madre.

La primera carta tenía fecha de hacía cinco años y los invitaba a asistir a un funeral en memoria de Marlene Randolph Vreeland en la iglesia metodista de Burgess, Alabama. La segunda era de hacía cuatro años e informaba a Bridget y Perry de que su abuelo había muerto. Incluía dos cheques sin cobrar de cien dólares cada uno y explicaba que el dinero era un pequeño legado del testamento de su abuelo. La tercera llevaba allí dos años e incluía un árbol genealógico detallado de las familias Randolph y Marven. «Vuestra ascendencia», había escrito Greta en la parte de arriba. La cuarta era de hacía un año e invitaba a Bridget y Perry a visitarla, por favor, cuando pudieran.

Hasta ese día, Bridget nunca había visto ni leído ninguna de esas cartas.

Las había encontrado en el estudio de su padre, archivadas con su partida de nacimiento, sus notas del colegio y su historial médico, como si le pertenecieran, como si él se las hubiera dado.

Le temblaban las manos cuando entró en la habitación de su padre. Acababa de llegar a casa del trabajo y, sentado en la cama, se quitaba los zapatos y los calcetines negros, como hacía siempre. Cuando era muy pequeña era algo que le gustaba hacer a ella misma y a él le gustaba decir que era su momento del día preferido. Incluso en-

tonces, a Bridget le preocupaba que no hubiera suficientes momentos felices en su día.

—¿Por qué no me las has dado? —gritó. Dando zancadas se acercó lo bastante para que viera lo que sostenía—. ¡Están dirigidas a Perry y a mí!

Su padre la miró como si apenas pudiera oírla. La miraba siempre así, por alto que hablase. Sacudió la cabeza. Tardó un poco en comprender lo que Bridget agitaba ante su cara.

—No me hablo con Greta. Le pedí que no se pusiera en contacto con vosotros —dijo por fin, como si fuese sencillo y evidente, nada importante.

—¡Pero son mías! —chilló Bridget. Sí era importante. Para ella era muy importante.

Su padre estaba cansado. Vivía en las profundidades de su cuerpo. Los mensajes tardaban mucho en entrar y salir.

—Todavía eres menor de edad. Soy tu padre.

—Pero ¿y si las hubiera querido leer? —respondió. Despacio, su padre consideró su cara de enfado. Ella no quería esperar una contestación y permitir que él marcara el ritmo de la conversación.

—¡Voy a ir! —gritó sin llegar a pensar en lo que estaba diciendo—. Me ha invitado y voy a ir.

Él se restregó los ojos.

—¿Vas a ir a Alabama? Bridget, desafiante, hizo un gesto afirmativo.

Su padre terminó de quitarse los calcetines y los zapatos. Sus pies parecían pequeños.

—¿Cómo te las vas a arreglar para hacerlo? —preguntó.

—Es verano. Tengo algo de dinero.

Se quedó pensativo. Al parecer no se le ocurría una razón que lo impidiera.

—No simpatizo con tu abuela ni me fío de ella —dijo finalmente—. Pero no voy a prohibirte que vayas.

—Bien.

Mientras volvía a su habitación, su antiguo plan para el verano se disolvía y el nuevo amanecía a su alrededor. Iba a ir. Se alegraba de ir a algún sitio.

–Adivina qué.

Aquella era una frase de Bridget que siempre hacía a Lena incorporarse y atender.

–¿Qué?

–Me voy. Mañana.

–¿Te vas mañana? –repitió Lena tontamente.

–A Alabama –respondió Bridget.

–Es una broma, ¿verdad? –Lena lo decía por decir. Era Bridget, así que Lena sabía que no era una broma.

–Me voy a ver a mi abuela. Me mandó unas cartas –explicó Bi.

–¿Cuándo? –preguntó Lena.

–Pues... en realidad... hace cinco años. Entonces llegó la primera.

Lena se quedó helada ya que no sabía nada.

–Las acabo de encontrar. Mi padre no me las dio. Bridget no parecía enfadada. Lo exponía como un hecho.

–¿Por qué no?

–Culpa a Greta de un montón de cosas. Le dijo que no se pusiera en contacto con nosotros. Le molestó que lo intentase.

Lena era tan poco optimista en lo que se refería al padre de Bi, que aquello no le extrañó.

–¿Cuánto tiempo estarás allí? –preguntó.

–No lo sé. Un mes. Tal vez dos –hizo una pausa–. Le he preguntado a Perry si quería venir conmigo. Ha leído las cartas, pero ha dicho que no.

A Lena tampoco le sorprendió eso. Perry había sido un niño muy dulce, pero había crecido para convertirse en un adolescente de vida reclusa.

Lena se alarmó ante el cambio de planes. Tenían pensado buscar trabajo juntas. En realidad, tenían pensado pasar todo el verano juntas. Pero al mismo tiempo se sin-